

COMENCEMOS POR EL FINAL

Por Marta Ciudad

Un joven jardinero persa dice a su Príncipe:

- ¡Sálvame! Encontré a la Muerte esta mañana. Me hizo un gesto de amenaza. Esta noche, por milagro, quisiera estar en Ispahan.

El bondadoso Príncipe le presta sus caballos. Por la tarde, el Príncipe encuentra a la Muerte y le pregunta:

- Esta mañana, ¿por qué hiciste a nuestro jardinero un gesto de amenaza?

- No fue un gesto de amenaza – le responde –, sino un gesto de sorpresa. Pues lo veía lejos de Ispahan esta mañana y debo tomarlo esta noche en Ispahan.

Jean Cocteau y otros.

1

¿Cómo decidir dónde comienza una historia? ¿Hasta dónde sería necesario remontarte para explicar y justificar hechos y acciones, comportamientos y reacciones, traumas y miedos? ¿Dónde comenzaría mi historia?

Una historia sencilla comenzaría por el día de mi nacimiento, o el de mis progenitores, o el de alguna persona que hubiera ejercido algún tipo de influencia en mí. Sin embargo, con gran seguridad puedo afirmar, sin miedo a equivocarme, que la mía, mi historia, no comenzó el día de mi nacimiento, sino el de mi muerte.

Con esto no quiero dar la impresión de que el día de mi nacimiento fuera vulgar y carente de interés, todo lo contrario. El día en que mi madre dio a luz al que sería su único bebé, el único descendiente de mis padres y a quien amarían con locura, fue el día más feliz y emocionante de sus vidas y eso lo hace destacar frente a muchos otros días. Para cualquier otra persona resultará más interesante, sin duda, el día de mi segundo nacimiento.

Esta vez no nací siendo un bebé que apenas puede respirar y comienza a llorar al darse cuenta del mundo al que ha llegado. Lo hice como una adulta de casi veinticuatro

años, contenta de abandonar mi silenciosa vida anterior; lo hice sin ayuda de ningún médico ni enfermera que tirara o empujara o animara; lo hice sin seres queridos rodeándome para prestarme su apoyo, su cariño y su amor; lo hice sola, completamente sola, tal y como había estado cada día y cada noche los últimos seis años de mi vida.

Si alguna vez visitarais el St. Mary os encontraríais con un hospital un tanto descuidado, casi destartado. Como muchos hospitales requería de reformas urgentes, pero el dinero, el poco dinero del que se disponía, siempre encontraba algún destino más útil y vital que renovar la pintura de las paredes o el mobiliario de las salas de espera, los despachos o las habitaciones. La política parecía ser siempre *mejor un buen médico que una buena cama* aunque, si he de ser sincera, después de haber pasado largos años tumbada en una de esas camas no estoy totalmente de acuerdo con esa filosofía.

Si visitarais el St. Mary os encontraríais con una planta baja muy ruidosa. Con los hospitales siempre ocurre así. En esta planta están las urgencias y en ellas siempre se desarrolla una actividad febril: enfermos quejándose, tosiendo o incluso vomitando, familiares preocupados o aburridos, que intentan aportar conversación y tranquilidad a los enfermos, que protestan por la espera ante médicos y enfermeras, enfermeras que corren por los pasillos, ambulancias que llegan con nuevos enfermos, camillas que son empujadas por personal sanitario con prisa y sin pausa. El St. Mary no es ninguna excepción, sobre todo si consideramos que se halla en Madrid, ciudad que, sin ser la

más peligrosa del mundo, cuenta sin duda con su dosis de delincuencia y emoción.

Si atravesarais el hall de la entrada ignorando los carteles que señalan que urgencias se halla al final del pasillo y admisiones en el mostrador y tomarais el ascensor vuestra primera parada sería la primera planta, donde se encuentran las consultas externas, las de pruebas y los laboratorios.

Si continuarais subiendo encontraríais la segunda planta, donde se hallan las habitaciones de los pacientes, individuales o dobles, con sus familiares preocupados, con sus enfermeras continuamente patrullando de pasillo en pasillo, vigilando goteros y vías, repartiendo bandejas de comida y recogiénolas ya vacías después.

Si de nuevo ignorarais esta planta y continuarais subiendo lo haríais completamente solos, puesto que nadie sube nunca hasta la tercera planta, salvo quizá algún despistado y alguna enfermera ocasional que comienza su turno. Cuando se abrieran las puertas del ascensor os encontraríais con pasillos desiertos y silenciosos. La tercera planta no es una planta donde los enfermos hablen, griten o se quejen. En ella no hay familiares preocupados de visita ni se reparten bandejas de comida.

No. En ella sólo estamos nosotros, los desahuciados, los que nos encontramos en ese estado que llaman coma y del que, aunque muchos no se atrevan a decirlo en voz alta, nunca despertaremos.

Las causas que nos trajeron a esta planta son muchas y muy variadas, pero los motivos que nos mantienen en ella son únicamente dos: o nuestra psique sufrió un trauma tal

que prefiere mantenerse fuera del mundo real o bien fue nuestro cuerpo el que sufrió tanto que no es capaz de recuperarse.

Los primeros permanecen aquí por propia elección, mientras que los segundos nos hallamos atrapados contra nuestra voluntad, encerrados entre paredes más fuertes y gruesas que las de un mero hospital.

Sí. En este segundo grupo me hallaba yo.

Pero volvamos a empezar. Comencemos por el principio de la historia. Comencemos por el día de mi muerte.

El día que morí por primera vez únicamente había vivido diecisiete años. Sufrí un accidente de coche. Mis padres iban conduciendo por la carretera cuando nos encontramos con un coche de frente, un kamikaze. A mi padre no le dio tiempo a esquivarlo y los dos coches chocaron frontalmente a unos ciento veinte kilómetros por hora. Ojalá aquí acabaran mis recuerdos pero no soy tan afortunada.

Desperté en el interior del coche, atontada por el golpe. La frente me sangraba tanto que al principio no podía ver nada. El humo y el calor me despertaron rápidamente. Me solté el cinturón y me lancé hacia delante para despertar a mis padres, lo que por supuesto no conseguí. En lugar de seguir su instinto natural mi padre había girado el volante hacia la derecha momentos antes del choque, lo que significó que fue su lado del coche el que recibió el primer impacto. El salpicadero y el volante se habían incrustado en su cuerpo transformándose en un gran amasijo de hierro. Tenía los ojos y la boca abiertos, y el cuerpo tan destrozado que ni siquiera sabía dónde tomarle el pulso.

El cuerpo de mi madre se hallaba en mejor estado, al menos parecía estar entero, pero por mucho que la grité y la zarandeeé ella no se despertaba. Decidí que tenía que sacarla de allí. Me arrastré como pude a través de una ventanilla rota fuera del coche e intenté abrir la puerta de mi madre desde el exterior, pero no había forma. El coche estaba tan deformado que la puerta nunca volvería a abrirse. Traté de desabrocharle el cinturón y sacarla a través del hueco de la ventanilla pero tenía las piernas atrapadas y no lo conseguía. Mis brazos y mis manos sangraban llenos de cortes por los cristales, mis piernas se quemaban por el fuego y mis pulmones estaban llenos de humo, pero yo sólo podía pensar en una cosa. En sacar a mi madre de allí.

Cuando comprendí que jamás lo lograría únicamente tirando de ella me giré y busqué entre los restos algo que me sirviera de palanca para liberar sus piernas. De pronto sentí un tremendo calor en la espalda al tiempo que caía al suelo como por efecto de un empujón brutal.

Nuestro coche había explotado. A duras penas conseguí ponerme en pie y a través de las lágrimas y de la sangre observé cómo nuestro coche ardía; intenté acercarme, pero el calor que desprendía me quemaba la cara y me hacía arder los pulmones.

No sabía decir cuánto tiempo permanecí de pie, totalmente inmóvil, mirando cómo las llamas se elevaban y se transformaban en humo. Sí sé qué me sacó de ese estado. Un gemido.

En realidad debió de ser más bien un estremecedor grito de angustia, pero el ruido de la explosión aún persistía en

mis oídos, junto con un molesto zumbido que no parecía querer desaparecer, obligándome a contemplar todo aquello como si de una película de cine mudo se tratara. Mi traumatizado cerebro tardó un poco en darse cuenta de que el grito debía de proceder del otro coche, que aún no había hecho explosión. Me acerqué rodeándolo, interponiéndolo entre las llamas y yo, y entonces lo vi.

Allí estaba el conductor del otro coche. No debía de tener más de diecinueve años. Probablemente a él y a algunos amigos les habría parecido divertido y emocionante el reto de conducir por el lado equivocado de la carretera. Recuerdo que pensé que debía de estar gritando con todas sus fuerzas por cómo movía la boca, desesperado por algo de ayuda, pero yo continuaba sin oír más que susurros apagados y lejanos. Debía de tener una de las piernas atrapadas porque parecía estar intentando empujarse con el brazo derecho.

Entonces se volvió y me miró. Dejó de gritar. Comprendí que me había visto. Después de lo que me pareció un larguísimo momento empezó a gritar de nuevo, con más angustia aún, si eso era posible. Pero yo no podía acercarme a él.

Sin darme cuenta di un paso hacia atrás, luego otro, y me quedé mirándolo completamente paralizada.

De pronto su coche explotó. Por segunda vez la onda expansiva me lanzó por los aires y acabé en el suelo unos metros más lejos. Aunque esta vez el calor me golpeó de frente ya no lo noté. Ya no sentiría nada nunca más.

Imagino que alguien llamó a una ambulancia y a los bomberos, que apagaron el incendio y comprobaron si quedaba alguien con vida.

Imagino que en algún momento de la noche me encontraron a mí, medio muerta, entre los escombros, me metieron en una ambulancia y me trajeron al St. Mary, donde médicos y enfermeras hicieron lo posible por estabilizarme y recomponerme, por curarme los huesos rotos y las quemaduras, que hicieron todo lo que estuvo en sus manos para recuperarme.

Imagino que eso no fue suficiente porque nunca desperté.

Sé que mis padres murieron aquel día, porque yo los vi morir.

No sé si el otro conductor murió finalmente, o si la ambulancia y los bomberos llegaron a tiempo. Espero que no ocurriera así. Espero que muriera abrasado en el incendio y que mi cara fuera lo último que vieran sus ojos antes de morir.

No podría precisar el momento exacto en que ocurrió o cómo ocurrió, pero poco a poco, exasperadamente despacio, comencé a tomar conciencia de mí misma de nuevo. Si alguna vez os habéis desmayado podréis haceros una idea de cómo me sentía. Al despertar de un desmayo a nuestra mente le cuesta situarse, discernir entre la realidad y los sueños, comienza a escuchar voces lejanas que se van acercando poco a poco hasta pertenecer a personas que te rodean, comienza a captar retazos de realidad hasta formar el puzle completo.

En mi caso, mi mente se enfrentó a un despertar un poco más complicado, dado que no contaba con esos estímulos externos. Los daños sufridos en el accidente habían privado a mi mente de la comunicación con mi cuerpo, por lo que mis sentidos no se hallaban activos. No podía oír, ver, oler ni sentir nada.

Y sin embargo allí estaba yo. Un yo brumoso y borroso pero que iba perfilándose cada día un poco más, hasta el momento en que se le ocurrió preguntarse dónde estaba e intentó recordar cómo había llegado hasta allí. Rebuscó en su mente intentando encontrar algún recuerdo hasta que lo logró, recomponiendo los puentes que se habían roto para acceder a la memoria.

Avanzaba lentamente, pero el tiempo era un concepto que carecía de significado por entonces. Resultaba frustrante buscar algo sin saber qué ni dónde ni por qué, pero siempre había sido muy cabezota e imagino que hay cosas que no cambian, rasgos que forman parte de la esencia de uno.

Finalmente terminé recordando. No lo considero un triunfo; me pasé los siguientes años con la única compañía de mis recuerdos y podéis creerme si os confieso que no fueron una gran compañía. A menudo me pregunto por qué me esforcé tanto en salir de aquel estado, en volver a recordar, y a pesar de haber empleado mucho tiempo y esfuerzo en aprender a convivir con mi pasado, ahora que olvidar me está vetado, aún hoy no tengo una respuesta.

Una vez recuperada mi memoria dediqué mi tiempo a intentar discernir qué habría ocurrido después del accidente, si me hallaba viva o muerta y dónde. No resultaba una

pregunta fácil de responder porque, al no haber estado nunca muerta con anterioridad, ¿cómo saber si esto era la muerte, el olvido eterno? Un vacío donde se encontrarían tan sólo mi conciencia y mis recuerdos por siempre jamás.

Tardé aún más en decidirme a intentar interaccionar con mi entorno. No sabía cómo hacerlo, ni siquiera sabía si aquello era posible, pero no tenía nada mejor que hacer así que lo intenté. Traté de proyectar mi conciencia hacia fuera, lo que resulta muy difícil cuándo no tienes claro dónde queda dentro, sin ningún éxito. Me pasaba el tiempo tratando de percibir alguna respuesta, algún eco.

Pasó aún más tiempo hasta que se me ocurrió probar a *escuchar* mi entorno. Pensé que, a pesar de no poder utilizar mis sentidos, tal vez sí que pudiera percibirlo de alguna otra forma. En ciencias nos enseñan que toda materia está compuesta por pequeñas partículas en continuo movimiento, que impulsos eléctricos y reacciones químicas rigen el comportamiento orgánico, que cualquier forma de energía emite campos eléctricos y por tanto magnéticos. Seguro que había un modo de captar algo de todo esto. Sólo era cuestión de encontrar el registro adecuado. Como buscar una emisora de radio.

En realidad no resultó tan sencillo como suena, pero tras muchos fracasos llegó el día en que lo logré. Así, sin más. Era un momento cualquiera, en el que yo me encontraba, como siempre, tratando de convencer a mi mente de que era capaz de buscar y encontrar un impulso eléctrico, imaginando cómo podría ser, cuando oí un *bip-bip*. Sé que suena ridículo, primero porque yo no podía oír y segundo

porque cómo iba a sonar un impulso eléctrico como un *bip-bip*. Pero eso fue lo que ocurrió.

Tras mucho meditar decidí que me encontraba en una habitación de hospital y que mi *bip-bip* era mi monitor de corazón.

Al decirlo ahora me doy cuenta de que suena poco creíble y un gran salto de lógica llegar a esta deducción a partir de un sencillito *bip-bip*. Supongo que eso depende del significado que otorguéis al adverbio de cantidad *mucho* y las connotaciones que éste os sugiera. Pasé minuto tras minuto, hora tras hora, día tras día, semana tras semana, durante varios meses con la única compañía de este *bip-bip*. En mi caso, *mucho* claramente adquiere nuevas dimensiones.

Seguro que habéis pasado alguna noche en la que os cuesta dormir, en la que no paráis de dar vueltas en la cama, en la que comenzáis a escuchar sonidos en los que otras noches no reparáis. Uno de estos sonidos siempre es el *tic-tac* de un reloj, el del pasillo, el de la cocina, el de vuestra muñeca o el despertador. Y comenzáis a obsesionaros con este *tic-tac*, hasta que ya no podéis evitar oírlo, hasta que no podéis pensar en nada más.

Imaginaos que esa noche durara meses enteros sin descanso.

Podríamos decir que el *bip-bip* y yo llegamos a conocernos bien.

Se trataba de una señal demasiado regular para ser natural. Su duración, el intervalo de repetición, la frecuencia, siempre eran exactamente iguales. Así que tenía

que ser artificial y si así era, yo no podía estar muerta en el olvido eterno, ¿verdad?

Consideré muchas alternativas pero asumiendo que de alguna forma aún estaba viva y admitiendo que eso implicaba haber recibido asistencia médica tras el accidente, yo debía de encontrarme en un hospital. Dado que estaba empezando en esto de la *percepción de mi entorno* (ya sé que no es un gran nombre pero por entonces yo andaba muy ocupada intentando que funcionara como para ponerme a pensar qué nombre darle) lo que percibiera debía de estar muy cerca de mí así que consideré las opciones obvias: un gotero, un reloj, un marcapasos, un respirador y un monitor de corazón.

Resultaba fácil decidir cuál de estas opciones podía emitir un *bip-bip*.

Me gustaría decir que sentí alivio y alegría al saber que no estaba muerta después de todo pero no fue así. Estar viva significaba más esfuerzo, más trabajo para intentar salir del olvido en el que me encontraba. ¿Y para qué?

No tenía ni idea de cuál era mi estado clínico ni de si llevaba mucho tiempo en el hospital, pero la ausencia de estímulos externos me llevó a pensar en el coma. ¿Cómo salir de él? Si los médicos no habían logrado sacarme de él, ¿qué podía hacer yo?

Sin embargo siempre he creído en la autosugestión y en la capacidad del cuerpo humano de sanarse a sí mismo así que casi sin darme cuenta me encontré intentando captar algo más, alguna otra cosa, algo que me ayudara a saber más. Porque el conocimiento es poder. Y además nunca sobra. Y no tenía mucho más que hacer.

Al principio, como siempre que se aprende algo, avanzaba despacio, con dificultad, pero poco a poco conseguí hacerme una idea de mi entorno más cercano, mi habitación. Un reloj colgado en la pared de enfrente, o apoyado en alguna repisa elevada, me permitió establecer una escala de tiempo. A mi izquierda había dos goteros; el primero de ellos funcionaba todo el día y toda la noche, muy despacio, mientras que el segundo sólo funciona durante algunas horas. No me arriesgaba mucho al suponer que serían mi comida, mi bebida y mi medicación. A mi derecha se hallaba mi monitor de corazón, con su *bip-bip*.

Había pasado tanto tiempo sola que todos estos sonidos que ahora invadían mi silencioso mundo se me antojaban extraños, molestos, intrusos a los que había abierto una puerta que ya no podía cerrar.

Aún estaba intentando aprender a convivir con ellos cuando todo se precipitó. Quizá algunos opinen que tras más de dos años de soledad y aislamiento considerar que un suceso se *precipitó* suena algo ridículo pero así lo sentí yo. Porque de repente algo alteró por completo mi entorno: Marga entró para cambiarme el gotero.

Experimenté tal shock frente a tantos nuevos estímulos que permanecí paralizada durante horas. Imaginad que estuvierais descansando en silencio, completamente relajados, y de repente alguien os acercara al oído un aparato de música con alguna canción de heavy-metal y lo encendiera a todo volumen sin previo aviso. No sólo os pegaríais un susto de muerte sino que probablemente pensarais durante unos momentos que os habíais quedado sordos.

Así es como yo lo sentí. Durante unos aterradores minutos la presencia de Marga me desbordó, ocultando todos los demás sonidos con los que yo estaba tan familiarizada, y temí no ser capaz de recuperarlos.

Resultó aterrador sobre todo porque yo todavía no sabía que eso que me había ocurrido se llamaba Marga y era mi enfermera.

Una vez hubo salido de mi habitación todo volvió a la normalidad poco a poco, conforme yo me tranquilizaba. Tras comprobar que no había perdido mi capacidad de escuchar noté que sentía una nueva emoción, que pronto identifiqué como excitación. En sólo unas horas mi aburrido mundo se había coloreado, poblándose de muchos y muy distintos elementos que aún debía descubrir y estudiar. ¡Por primera vez sentía que en lugar de sobrarme tiempo me faltaba! Había tantas cosas por hacer que no sabía por cuál empezar.

Decidí que lo primero que debía hacer era analizar qué había ocurrido momentos antes. A pesar de que la fuente emisora ya no estuviera dentro de mi habitación, mi mente fue capaz de recordar y reconstruir cada señal que había recibido. No tengo claro cómo ni por qué, pero supongo que al haberse visto privada de estímulos durante tanto tiempo ahora absorbía cualquier detalle con avidez, como una esponja.

Lo primero que reconocí fue el latido de su corazón, nada sorprendente si consideramos mi estrecha amistad con mi propio *bip-bip*, y lo siguiente su respiración.

Deducir que se trataba de una persona fue fácil y de mi enfermera obvio, puesto que había sustituido el gotero acabado de las medicinas por uno nuevo.

Tomé la maraña de sensaciones y sonidos que tan clara tenía grabada en mi mente y, como si de un ovillo de lana se tratara, fui tirando de hebra en hebra, intentando individualizar cada una e interpretarla.

Encontré el sonido de sus pasos, el del soporte metálico del gotero al sustituir uno por otro, los roces de su bata al moverse.

Sin embargo, una vez hube reconstruido todos sus movimientos y acciones desde que entró hasta que salió de la habitación, todavía quedaba un gran lío de señales que no alcanzaba a comprender.

No tenía la menor idea de qué podrían ser y pasé las siguientes horas, muchas horas, probando cada enfoque que se me ocurría. No fue hasta mucho después cuando se me ocurrió probar a ordenarlos temporalmente. Y allí estaba. En seguida me di cuenta que algunas señales aún no identificadas se correspondían con movimientos que ella había realizado. Siempre existía un grupo de señales emitido justo antes de cada movimiento, algunas permanecían activas durante el mismo y otras no, pero todas acababan con él.

Comprendí que lo que estaba *mirando* eran las señales que utilizaba su mente para dirigir su cuerpo.

Fue entonces cuando se me ocurrieron dos nuevas, aunque un poco aterradoras, ideas. La primera era que entre toda esa maraña también se encontrarían sus emociones, sus recuerdos, sus pensamientos. La otra era

una pregunta. ¿Qué pasaría si yo copiaba el grupo de señales que su mente utilizaba para mover un pie? ¿Se movería mi pie?

Por supuesto yo ni siquiera sabía si aún tenía pies o piernas, porque por lo que yo sabía podrían habérmelas cortado, pero sí que podía intentar abrir los ojos o la boca. Porque no se puede estar vivo sin tener una cara, ¿no? O tal vez sí, pero preferí no ahondar en ese tema.

¿Y si trataba de averiguar cómo funcionaba su cuerpo, sus órganos, para después compararlo con el mío y averiguar qué andaba mal?

Evitaré aburrirlos con detalles pero baste decir que me llevó un año y algunas semanas aprender cómo funcionaban con detalle su cuerpo y el mío y las diferencias entre ellos.

Para entonces ya no sólo contaba con su cuerpo como referencia sino que durante ese periodo de tiempo me habían visitado cinco enfermeras diferentes y dos personas de limpieza. Además, el alcance de mi percepción había aumentado, permitiéndome escuchar a los enfermos de habitaciones contiguas. Claro que tampoco puede decirse que fueran muy charlatanes estando como estaban, como vegetales.

Mediante la comparación creé una buena base de datos de órganos sanos y pude diagnosticar el estado de los míos propios, además de los del resto de los pacientes. Para mi alivio constaté que mi cuerpo estaba completo, con sus dos piernas, sus dos brazos y su cara. Casi todos los órganos funcionaban con normalidad. El bazo debía haberse roto en el accidente porque mostraba evidencias de haber sido

cosido y por el estado de sus proximidades la hemorragia debía de haber sido considerable. Tampoco el hígado lo había pasado demasiado bien y me faltaba el páncreas. Al menos cuatro costillas mostraban señales de fractura y una de ellas probablemente había perforado un pulmón. Encontré señales que indicaban quemaduras graves en gran parte de la piel. En algún momento había recibido un fuerte golpe en la cabeza, porque el cerebro había sufrido una grave conmoción y algunas zonas de él estaban ligeramente dañadas.

No sabría decir cuál de las lesiones había sido la causante del coma o si éste se había debido al conjunto de todas ellas, de modo que no me centré en ninguna en particular sino que comencé por la que me pareció más sencilla de arreglar y fui aumentando la dificultad progresivamente, conforme aprendía.

Cualquier mecánico te dirá que una vez conoces cómo funciona algo hasta el más mínimo detalle averiguar lo que anda mal no resulta fácil sino más bien obvio, así que puse a mi cuerpo a trabajar.

Nunca dejará de sorprenderme que de todos los pasos que tuve que dar para recuperar la consciencia el de la curación de mi cuerpo, un cuerpo frente al que los médicos se habían rendido, fuera el más rápido y sencillo. A diferencia de los pasos anteriores sabía exactamente lo que había que hacer.

Y un buen día terminé. Si ya estáis imaginándome saltando de la cama y dando un susto de muerte a la enfermera siento deciros que no fui tan valiente, aunque la enfermera sí acabaría llevándose la sorpresa de su vida.

Lo que sentí al terminar fue pánico. ¿Y si no funcionaba? ¿Y si después de haber reparado cada órgano el conjunto seguía sin funcionar? ¿Y si había pasado algo por alto? ¿Qué haría si intentaba moverme y mi cuerpo seguía sin responder?

Indudablemente, si he mostrado valor en algún momento de mi vida fue entonces. Traté de relajarme, sin mucho éxito en realidad. Realicé una última comprobación de todos los sistemas y, sin dejar de repetir *por favor que funcione, por favor que funcione*, abrí los ojos.

No sabría explicar lo que ocurrió a continuación. Fue como si todo mi cuerpo se reiniciara. Aún intentaba asimilar que eran mis ojos los que realmente veían esa habitación que tan bien había llegado a conocer cuando me di cuenta de que también mis oídos oían mi *bip-bip* y el *tic-tac* del reloj, que mis manos sentían la tela de las sábanas bajo ellas, que mi nariz olía lo que entonces me pareció un maravilloso aroma a desinfectante y alcohol.

Con extremo cuidado, como si un movimiento brusco pudiera despertarme de ese sueño y devolverme al olvido y la monotonía, realicé pequeños movimientos con los dedos de mis manos y de mis pies. Y sonreí, la sonrisa más grande y larga de mi vida.

Pasé a mover las muñecas y los tobillos, los codos y las rodillas, la cabeza. Finalmente ayudándome con los brazos me incorporé. Por un momento me sentí desorientada y un poco mareada, pero imaginé que sería normal después de tanto tiempo de inactividad.

Esperé a sentirme un poco más segura y me giré hasta que mis piernas quedaron colgando a un lado de la camilla. Cogí aire y empujándome con las manos me puse en pie.

Si hubiera habido alguna persona observándome probablemente le habría recordado a un bebé aprendiendo a andar. Y probablemente habría tenido razón, pero yo tenía la ventaja de no estar aprendiendo sino recordando. Si bien cada movimiento nuevo requería unos momentos de vacilación, tras un par de repeticiones quedaba asimilado con naturalidad.

Unos pasos más me acercaron a la puerta y de pronto sentí la necesidad urgente de atravesarla, de huir de aquella pequeña habitación que había simbolizado mi encierro durante tanto tiempo. Antes de llegar a rozar el pomo con mi mano noté el tirón del gotero, que aún llevaba enganchado a la vía de mi brazo izquierdo. No veía la necesidad de continuar recibiendo medicamentos o comida de esa forma de modo que cerré la vía y extraje con cuidado el gotero, que quedó colgando de la bolsa. Aproveché la ocasión para retirar los sensores del monitor de mi pecho. Si momentos antes mi mente no cesaba de repetir *por favor que funcione* ahora recitaba un *gracias Dios mío* porque por fin el *bip-bip* había acabado.

Sintiéndome completamente libre di unos rápidos pasos hacia la puerta, así el pomo, inspiré con fuerza y la abrí. Me decepcionó un poco que, en lugar de encontrarme con un cielo azul turquesa, un sol resplandeciente y unos pajarillos cantando, frente a mí tan sólo se levantara la pared que un día fue blanca y ahora estaba sucia y desconchada de un largo y estrecho pasillo de un hospital, pero no dejé que eso

me desanimara. Sintiendo que la ansiedad crecía en mi interior torcí a la derecha, tomando la misma dirección por la que habitualmente se alejaban las enfermeras, y comencé a recorrer el pasillo con prisa. Más o menos a la misma velocidad que una persona de noventa años con andador. Doblé la esquina y mi huida llegó repentinamente a su fin.

Allí empezó de nuevo mi vida, sí, pero también empezaría una nueva pesadilla.

Porque allí, a la vuelta de la esquina, estaba el puesto de enfermeras. Como nada extraordinario ocurría nunca en la tercera planta, el personal de planta era, en un día ajetreado, escaso. Esa tarde había únicamente dos enfermeras y ninguna de ellas estaba sentada en su silla porque la alarma de mi monitor se había disparado un minuto antes, al arrancarme yo los sensores del pecho. Una de ellas debía de haber permanecido un momento más en el despacho para dar el aviso a algún médico por lo que aún se encontraba saliendo por la puerta. La otra, sin embargo, casi había llegado a la esquina que yo acababa de doblar y no tuvo tiempo de frenar antes de echárseme encima.

El encuentro me sorprendió tanto como a ella, por lo que no pude hacer más que caerme al suelo e intentar no hacerme mucho daño.

De modo que en lugar de despertar plácidamente, rodeada de familiares cariñosos y preocupados que me harían todo más fácil fui placada, derribada y aplastada por una enfermera bien entradita en carnes.

Uf, bienvenida de vuelta a la dulce realidad.

A pesar de haberme preocupado los últimos meses de estimular mis atrofiados músculos a la espera del momento

en que pudiera finalmente abandonar mi odiada cama, quitarme de encima ochenta atónitos kilos que no dejaban de mirarme abriendo y cerrando la boca como un pez estaba muy lejos de mis posibilidades.

Y claro, tampoco la otra enfermera parecía encontrar las palabras o saber qué hacer, por lo que debió de parecerle mejor opción quedarse mirando sin hacer absolutamente nada desde su cómoda posición, a unos metros de distancia.

Y así continuamos las tres, yo intentando respirar y reunir fuerzas y ellas intentando comprender cómo una paciente en coma desde hacía cuatro años se había despertado sin aviso alguno y había salido andando de su cuarto.

Hasta que se abrió la puerta de las escaleras y por ella salió corriendo un joven, listo y guapísimo médico, o eso me pareció en aquellos momentos, acompañado de varios internos. Imagino que ellos fueron quienes recibieron el aviso y no querían perderse lo que fuera que estuviera pasando en la tercera planta. Quién iba a culparles. Bien sabía yo lo aburrida que podía resultar la vida en la tercera planta.

A pesar de haberme pasado los últimos años de mi vida preparándome para ese momento no estaba lista ni de lejos para mi primer encuentro con el resto de la humanidad.

Fue como la primera vez que Marga, la enfermera, entró en mi habitación, sólo que mucho peor. Ocho personas emitiendo señales, estímulos, sintiendo emociones intensas, haciendo funcionar sus cerebros a toda velocidad, era demasiado para mi, hasta entonces solitaria, mente. Ni siquiera me di cuenta que había logrado medio

incorporarme cuando me volví a tirar al suelo sujetando mi cabeza con mis manos y aullando de dolor.

No recuerdo bien qué ocurrió a continuación. Parece ser que el médico fue el primero en reaccionar. Recorrió el pasillo en un *visto y no visto* y me sacó de encima a la enfermera sin contemplaciones. Envió a dos internos a por una camilla y a otros dos a por material al despacho de enfermeras. Comenzó a hablarme con voz suave pero firme, intentando, supongo, tranquilizarme, lo que estaba lejísimo de lograr. Me examinó las pupilas con una de esas pequeñas linternas que llevan todos los médicos en el bolsillo de su bata y no debió de encontrar señales de conmoción, porque volvió a guardar la linterna y probó preguntándome qué me dolía. Yo quería decirle que él chillaba mucho, que todos chillaban mucho, y que necesitaba que se calmaran, que se quedaran quietos, que dejaran de pensar. Pero claro, no fui capaz. Menos mal que el gesto de sujetarme la cabeza con ambas manos, tapándome los oídos, resultó por sí mismo suficientemente elocuente para el médico, quien poniéndose un dedo en los labios mandó callar a los demás. Mis manos seguían sujetando mi cabeza pero aligeraron la presión levemente, lo que el médico interpretó como que iba por buen camino. Mandó salir a todos de allí, me levantó en brazos y me preguntó dónde quedaba mi habitación.

Sí recuerdo cómo me invadieron la desesperación y el pánico al pensar que después de tantos esfuerzos por salir de mi habitación ahora iban a devolverme a ella, cómo a través del caos y del dolor esas palabras llegaron hasta mi mente y me produjeron una angustia tal que me obligó a reaccionar.

Abrí los ojos que hasta ahora había mantenido cerrados con fuerza. Solté mi cabeza para poner mis manos a ambos lados de la suya y girarla hacia mí y mirándole a los ojos, deseando que éstos reflejaran toda la angustia que yo sentía, pronuncié un claro *no*.

Mi primera palabra en cuatro años.

En realidad no me quedó tan bien como me gustaría recordar. Mi voz sonó bastante ronca, como si el aire arañara mi garganta al atravesarla, y se quebró antes de terminar.

Como vi que el médico continuaba mirándome a los ojos, inmóvil, pensé que quizá lo había hecho tan mal como me había parecido y no me había entendido de modo que probé de nuevo. Esta vez me salió un mucho más decente *no, por favor* antes de desmayarme.